



MUCHACHA COMO ISLA

Fiel a un destino de isla deseada,
tienes brazos alegres de bahía
y una playa de tierna melodía
en tu voz, de palmeras sombreada.

Pues te ciñe una mar apasionada
y te sueña mi azul marinería,
yo te nombro en mi dulce geografía
Tierra del Beso, Islaflordorada.

Tienes de espuma nácar la sonrisa
y en ti vuelan olanes como brisa
bajo un cielo alto de palabras mías;

Isla que dora un clima adolescente:
hacia ti va la proa de mi frente
y a ti canto a la sombra de los días.

EDUARDO CARRANZA

Ningún otro poeta colombiano de esta época ha influido sobre una generación literaria con la intensidad y extensión de Eduardo Carranza. En el año de 1936 apareció su primer libro, y tras de él, y tras de sus sonetos posteriores, se inició

una corriente de imitación vocabular y temática de su poesía, debilitada, desde luego, por el origen de todas las cosas subsidia-

rias. Trajo Carranza un mundo frágil, de dichosas imágenes, discurrido en torno por la delgada melancolía que nos deja, ya callado, el paso del amor, y en donde las rosas, las enredaderas y los jazmines ornaban bellamente el floral movimiento de las muchachas. Fué expresado este mundo en un idioma cristalino, abillantado de felices metáforas, en una manera que se llamó luego "carranziana", cuyo secreto era de él. Se había nutrido este reino, como el de cualquier poeta, de perdurables esencias anteriores. Se extendía sobre los territorios estéticos conquistados. Se enlazaba a las voces purísimas del idio-





SONETO A TERESA

Teresa en cuya frente el cielo empieza
como el aroma en la sien de la flor;
Teresa la del suave desamor
y el arroyuelo azul en la cabeza.

Teresa en espiral de ligereza
y uva y rosa y trigo surtidor;
tu cuerpo es todo el río del amor
que nunca acaba de pasar, Teresa.

Niña por quien el día se levanta,
por quien la noche se levanta y canta
en pie sobre los sueños, su canción.

Teresa, en fin, por quien ausente vivo,
por quien con mano enamorada escribo,
por quien de nuevo existe el corazón.

ma: al discurrir de Garcilaso, sin comparación; a los orientes melódicos de Darío; a la fresca rosa, final de una flauta melancólica, de Juan Ramón Jiménez. Eduardo Carranza traía su mundo, su particular manera de decirlo, y esto, más que otra cosa, preserva lo cardinal de un poeta. En la generación colombiana a que pertenece, nadie lo ha igualado, hasta ahora, en riquezas propias, en calidades sin mancha. Y no ha producido Colombia, en estos años, otro poeta que tenga tan caudaloso y puro el don del canto, de la capacidad metafórica, del espontáneo dominio técnico.

De la breve obra de Carranza irradian, pues, influencias que no es posible desconocer. Pero sobre estas cualidades dinámicas reposa ella misma en su valor intrínseco, en su luminosa y límpida órbita. "La primavera ha venido, nadie sabe cómo ha sido", cantó Antonio Machado, brevemente, a tiempo de abrir una ventana sobre la mañana de Andalucía. "La primavera ha venido, nadie sabe cómo ha sido", pensamos también cuando leemos a Carranza. No comprendemos de dónde viene, en dónde va creciendo este aire, esta atmósfera de sonrisa, de azul, de suspiro ya. Exactamente como la primavera.